









Luci Romero

**EL ARTE DE
CONTAR LA NATURALEZA**
UN ACERCAMIENTO A LA *NATURE WRITING*



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN

Primera edición: mayo 2023

© 2023, Luci Romero

© 2023, de la cubierta

Isabel Mora

© de esta edición

Barlin Project SL

Edición de textos y estilo:

Alberto H.

Compaginación:

Barlin Libros

Dirección editorial:

Alberto Haller

Publicado por:

BARLIN LIBROS

Avda. Balears 61-20

46023 (València)

THEMA: DS | RNA | JBF

ISBN: 978-84-125763-5-1

Depósito legal: V-1155-2023

Impreso en España

editorial@barlinlibros.org

www.barlinlibros.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

TABLA

Qué es la *Nature Writing*

11

Escribir sobre lo que nos rodea

31

Cartografía —resistente— de un género

49

Recordar lo salvaje y querer volver

93

Toma nota

113

*Hay tiempo no solo para ver quién ha hecho qué,
sino también para especular por qué.*

Un año en Sand County

ALDO LEOPOLD

El hombre actual mira la naturaleza con empatía y amor allá donde antes la miraba con temor y superstición. De ahí que vea con más detalle y fidelidad; la ciencia ha hecho que su mirada sea limpia y serena. Al viajero precipitado que cruza una tierra, las granjas y las casas de campo le parecen todas iguales, pero para las personas que han nacido y se han criado allí, ¡menuda diferencia! Ellas leen la delicada huella que escapa al ojo apresurado y que está tan llena de significado. Cada línea en el horizonte, cada curva de la colina o del valle, cada árbol y piedra y manantial, cada giro en el camino y cada panorámica en el paisaje tiene sus rasgos particulares y produce su propia impresión.

El arte de ver las cosas

JOHN BURROUGHS

QUÉ ES LA *NATURE WRITING*

Que la naturaleza es la matriz de la vida lo sabemos, o al menos comenzamos a intuirlo ahora que nuestra conexión con ella es más débil y sentimos su falta más que nunca. Con el calentamiento global antropogénico acechándonos, lo natural por venir no se parecerá en nada a lo que teníamos antes. Una situación que ha comenzado a despertar conciencias y a generar toda una ola de escritos que vinculan al ser humano con el medio del que forman parte desde hace mucho antes de que apareciera la tradición literaria anglosajona.

De origen eminentemente estadounidense, el escritor ambientalista Barry López describió la *nature writing* como «un espacio propio donde se reúnen escritores y escritos que de otro modo serían dispares. Un género que no debe reducirse a dimensiones únicamente conservacionistas o ecologistas, aunque sean cuestiones indisociables, puesto que la dimensión literaria es pilar, germen, semilla y madre de todas estas obras». Desde un punto de vista más esencialista podemos hablar de «una respuesta a la naturaleza mediante la palabra escrita», o desde otro prisma muy cercano, «el

encuentro del narrador con el entorno natural». Aunque el matiz no resulta insignificante, pues esta última acepción incorpora al que piensa lo natural mientras lo experimenta, y trasciende la mera descripción —aunque el género abunde en estas como recurso— para ahondar en los cuestionamientos de la relación que el hombre establece y mantiene con el entorno. Así, reducirla a un simple hecho iniciático de inmersión o contacto prolongado con lo salvaje sería un terrible error, pues a su vez supone un diálogo que mantenemos con la vida misma: la asombrosa grandiosidad que acoge a los autores, ya sea en forma de bosque, isla o desierto, transforma a través de la página escrita, y ofrece esa catarsis a quienes se adentran en ellas. De este modo, la *nature writing* es un acto que supone observar, describir o narrar la Naturaleza —en muchos casos de manera autobiográfica—, sobre el que, además, se realizan ciertas anotaciones subjetivas y reflexiones filosóficas que consideran el paisaje como parte de una misma historia de vinculación, más que como mero escenario de una acción determinada.

Aprender y reaprender de lo natural: eso es precisamente lo que hizo la naturalista y escritora Susan Fenimore Cooper en su pionero *Diario rural* (1850). Muchos especialistas remontan esta tradición literaria a Thoreau y su espléndido *Walden*, considerándolo el padre del género —sin olvidar el maravilloso *Naturaleza*,

de Ralph Waldo Emerson—. Sin embargo, ella fue la primera en escribir un ensayo sobre naturaleza, sembrando en numerosas conciencias conceptos como los de conservación, conciencia ambiental o protección del medio rural. Así lo refleja en el mencionado *Diario rural*:

«Nuestros inviernos son sin duda bastante fríos, pero el clima está lejos de ser siempre duro. Tenemos muchos días moderados y otros, incluso en pleno invierno, que son suaves y templados, con un viento cálido que sopla en el rostro procedente del sur, hasta el punto de que uno no pueda evitar preguntarse cómo se habrá abierto camino sobre la nieve sin helarse. La gente siempre exclama que días así son extraordinarios, pero en realidad, si nos molestamos en recordarlo, no pasa un solo año sin experimentar numerosos momentos de un clima agradable, impropio de la estación. Y si nos fijamos en el año entero, probablemente constatemos que este tipo de clima, en todas sus variedades, nos toca en suerte más veces de lo que imaginamos».

Fue a mediados del siglo XIX, e incluso antes si tenemos en consideración ciertos relatos de exploradores o algunos escritos agrarios, como por ejemplo los que redactó Thomas Jefferson, cuando este tipo de literatura comenzó a desarrollarse en Norteamérica. En estos inicios encontramos obras que, bajo la

etiqueta de filosofía natural, historia natural, literatura medioambiental o escritura de la naturaleza recorrieron un camino conjunto hasta adquirir su propio espacio en las bibliotecas, aunadas bajo la denominación genérica de *nature writing* que aquí empleamos —aunque recientemente en nuestro ámbito lingüístico se haya iniciado el proceso de *castellanizar* el término por el de *litteratura*—. Toda una serie de calificativos que contribuyeron al enriquecimiento del género desde distintas perspectivas. Mientras la filosofía relacionada con la naturaleza incluye reflexiones precientíficas sobre la relación humana con el entorno, la historia natural se ocupa de la flora y la fauna, y la literatura medioambiental se asocia con una sensibilidad más preservacionista.

En su maravilloso y breve texto *El sentido del asombro*, Rachel Carson nos aleccionaba sobre el hecho de que la mejor manera de preservar la naturaleza es experimentando su grandeza. Y he aquí, precisamente, uno de los pilares fundamentales de la *nature writing*: el asombro. O si se prefiere, la fascinación, la admiración, la conmoción o el aturdimiento ante el espectáculo de sentirse empequeñecido frente a la inmensidad del ámbito que nos contiene y abarca.

Este género es el arte fascinante de relatar el entorno, motivado por lo que cada vez nos resulta más cercano o comprensible: la exacerbación de las lógicas capitalistas,

la enfermedad física o mental, la fatiga digital, la carencia de sentido vital en el espacio de las ciudades modernas o la simple necesidad de explorar el medio natural con el fin de dotar de sentido a un horizonte atestado de confusión y desconcierto. Vivimos envueltos en velocidad y ruido, por lo que es necesario cambiar el relato que nos contamos y transformar la inercia que contribuye a desbordar la crisis general y particular que nos oprime. Resulta así de vital importancia reevaluar nuestra relación con la naturaleza, dejando de darla por sentada. Aunque en realidad la *nature writing* trasciende sus porqués, pues es un hilo que genera entendimiento y que contribuye a enraizar la memoria y a posar las miradas sobre la esencia de la vida misma. En palabras de la estadounidense Annie Dillard en su obra *Una temporada en Tinker Creek*, es «la creación a partir de la nada: la materia misma». Si bien, también es cierto, que su utilidad y sus fronteras nunca han sido inamovibles y han evolucionado en muy diversas direcciones. Así, por ejemplo, podríamos hablar de la relación con otros géneros, como la poesía. En palabras de Nan Shepard en *La montaña viva*: «La poesía alberga en su forma más intensa el corazón mismo de toda experiencia», estando la *nature writing* íntimamente ligada a ella, a la poética del paisaje, la idea de atención plena y de escritura fiel. Para quienes escriben poesía, es una suerte de lírica atravesada por el rechazo del «yo», un situarse sobre el paraje, el lugar o territorio en todos los sentidos.

Orígenes y precedentes

Debemos comenzar este recorrido haciendo referencia a toda una serie temprana de manifestaciones ligadas al género que no pueden ser olvidadas.

La escritura sobre la naturaleza en los Estados Unidos bebe directamente de ciertos escritos legados por los exploradores españoles, franceses, holandeses e ingleses durante los siglos xv y xvi. Uno de estos primeros hilos de los que tirar serían las cartas y el cuaderno de bitácora de Cristóbal Colón, en los que recogía sus primeras impresiones al descubrir el paisaje del nuevo territorio: «Nueve días anduve perdido sin esperanza de vida: ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hácia algún cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herbiendo como caldera por gran fuego». Otro de estos testimonios sería el de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en su escrito sobre la marcha que realizó durante ocho años a través de lo que actualmente sería el sudoeste americano y parte del norte de México: «La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache es llana; el suelo, de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera

de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte de la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos».

Muchos de los escritos del siglo xvii encontrados ya reflejaban ciertas preocupaciones en los colonos establecidos en el Nuevo Mundo. Entre ellos, es interesante destacar los apuntes de John Smith —fundador del primer asentamiento británico en América—, basados en «el lugar», pues «el lugar» —*lo local*— será uno de los pilares fundamentales de este tipo de escritura.

La transformación de estas primeras manifestaciones de escritura sobre lo natural se sucedería a lo largo del siglo xviii, cuando de manera progresiva se dejó de lado el enfoque colonial para ceder el paso a perspectivas más científicas y racionalistas. Entre estos encontraríamos ciertos escritos de exploradores que se adentraron en los paisajes del oeste de los Estados Unidos; textos que enfatizaban el poder evocador de lo estético en un horizonte salvaje y sublime al mismo tiempo. Si hubiera que destacar algún trabajo sería el legado del botánico literario William Bartram, donde las anotaciones científicas se funden en una prosa poética que ensalza el valor espiritual de la tierra: «Quizás no haya ninguna parte de la creación, al alcance de nuestras observaciones, que exhiba un despliegue más

glorioso de la mano todopoderosa que la del mundo vegetal. Tanta variedad de escenas agradables, siempre cambiantes, a lo largo de las estaciones, surgiendo de varias causas y asignadas cada una al propósito y uso determinado».

No obstante, la escritura de la naturaleza en su forma más lírica y con un sentido de compromiso más preciso surgiría en el siglo XIX, cuando la poética adquiere un tono místico directamente emparentado con el romanticismo. Movimiento desarrollado de forma más acusada en Europa en la manera en que muchas personas entendían la relación entre lo natural y lo humano, aunque por cercanía en la génesis de sus conceptos básicos, emparentado en valores con trascendentalistas como Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau y sus respectivas obras *Naturaleza* y *Walden*; trabajos que situaron lo natural en el centro de una sensibilidad filosófica, cambiante y que en cierto modo dependía del sujeto. Emerson aportó la gran pregunta:

«¿Con que fin existe la naturaleza?».

Existe una perfecta simbiosis entre nuestros cuerpos y la naturaleza. Nuestra mera constitución nos sirve para poner en valor lo natural como recurso cultural, como ventana y reflejo que nos recuerda que no somos dueños de nada, ni siquiera del paisaje. Emerson afirmaba que: «Hay un terreno en el horizonte que no posee ningún

hombre, salvo aquel cuya mirada es capaz de integrar todas las partes, es decir, la del poeta».

He aquí el cimiento que sostiene el arte de contar la naturaleza: la poesía. Mediante ella, el ser humano se verá vertebrado por un placer que equilibra y ajusta los sentidos. La poesía trenza la naturaleza, la vida, la literatura, el arte, el territorio y las personas que lo habitan, y nos asiste ante ese asombro que nos golpea cuando somos conscientes de que nuestro propio nacimiento se ha producido en su seno. Un minúsculo cambio en nuestra percepción lo altera todo.

En *Walden* asistimos al encumbramiento de esa filosofía del terreno. Thoreau trabaja en contacto directo con la naturaleza. Para él, como asegura Onfray en el prólogo a la edición española de *Errata Naturae*, «la naturaleza es un fin en sí misma y no un medio para lograr algo más de ella». Apremia a colocarnos en el centro de nosotros mismos, construirnos en base a una voluntad de goce, llevar a cabo una revolución íntima que permita alcanzar la transformación del orden del mundo. Thoreau decidió alejarse del mundo y vivir varios meses en soledad, a orillas del lago de Walden, cerca de la ciudad de Concord, en Massachusets. Predicó el regreso a la simplicidad y a lo natural: «Mi instinto me dice que mi cabeza es un órgano excavador, como lo son los hocicos y las patas delanteras de algunos animales, y

ella me servirá para minar y horadar mi camino a través de estas colinas. Creo que el filón más rico se halla en los alrededores; me fio de la varita mágica y de los finos vapores que se elevan desde la tierra, y aquí comenzaré a excavar».

Los alrededores, el lugar, lo local, medir lo que sentimos como cercano y construir una narrativa donde se hagan visibles las historias de quienes habitaron esas tierras en siglos pasados... La escritura de la naturaleza es una lente a través de la cual somos testigos de las expresiones de belleza más sublimes: las del mundo natural.

El género fue madurando, llegando hasta nuestros días a través de historias que empezaron a combinar la observación meticulosa del entorno con la propia experiencia, al tiempo que surgía una preocupación por el medio ambiente. Consideramos a Thoreau el padre del movimiento, aunque mejor sería quedarse con la idea de su utopía revolucionaria, su movimiento ecológico y la vigencia de sus escritos en la actualidad.

Historia natural literaria

«Con libros o sin ellos, es un hecho, patente tanto para mi perro como para mí, que al alba yo soy el único dueño de todas las hectáreas por las que camino. No son solo los límites los que desaparecen, sino también la sensación de estar limitado. Extensiones desconocidas para escrituras y

mapas son conocidas para todo amanecer, y la soledad, que se suponía que ya no existía en mi condado, se expande por todos los rincones de allá donde el rocío alcanza».

Un año en Sand County,

ALDO LEOPOLD

Sería desde mediados del siglo XIX y a principios del XX cuando este tipo de escritura comenzaría a desarrollarse de manera más profusa bajo la etiqueta de «historia natural», que abarcaría lo que tiempo después se denominaría como «escritura de la naturaleza». La producción y el interés por los escritos sobre el tema se acrecentaría de manera exorbitada. La visión trascendental sobre lo natural, que en su momento popularizaron escritoras y escritores como Fenimore Cooper, Emerson, Thoreau y otros de sus contemporáneos, inspiraría a un nutrido grupo de autores en favor de la conservación y la protección del medio ambiente y de los sistemas naturales. A estos se unirían otro tipo de exploradores que se dirigirían a nuevos parajes, como es el caso de los aventureros que se adentraron en el oeste americano.

Si hay un rasgo a destacar entre estos viajeros es su agotamiento por la violencia de la Guerra de Secesión (1861-65), que propició una huida —deliberada o no— de las dinámicas propias de la vida anclada a lo urbano y lo mecanizado. Un retorno a *lo verde* que, de manera histórica, incluso en tradiciones tan pretéritas como la romana en los versos de Horacio o en el Renacimiento,

se ha desarrollado como respuesta a la *saturación de civilización*. Un patrón invariable que, en cada época, contempla un escenario particular que alberga la esencia transversal en la que anida la extenuación y la postración ante las dinámicas propias del supuesto progreso y la mercantilización de las formas de vida. El regreso a la sencillez de retomar el contacto con el medio natural, dejando de vivir de espaldas a él.

De este modo, se inauguró una constatación en estos vastos territorios: la de que flora, fauna, paisaje y entorno comenzaban a sucumbir bajo el avance inexorable de las lógicas industriales. Todo se transformaba, azuzando las voces que reclamaran la protección de los sistemas naturales.

La nómina de autores cuyo tema central era, o versaba en torno a lo natural fue creciendo desde la segunda mitad del siglo XIX. Mención especial merecen dos figuras que coincidieron en espacio y tiempo: John Muir y John Burroughs.

John Muir fue uno de los máximos exponentes de la corriente preservacionista, la cual defiende un cuidado del espacio natural radicalmente libre de la mano del hombre, como sería en el caso de los parques naturales. La corriente conservacionista, opuesta a la sostenida por Muir, introduce el matiz de que estos espacios, si bien deben ser igualmente protegidos, no tienen por qué estar exentos de una explotación prudente y,

supuestamente, moderada. Una diferencia que, en su mera esencia, difiere en el valor intrínseco de lo natural más allá de su utilidad o no. Aunque ya existieron otros antes que él que mantuvieron esta postura, no fue un ensayista al uso.

Escocés de nacimiento, fue una figura clave en la declaración en 1890 de Yosemite, en la Sierra Nevada de California, como parque nacional, contribuyendo a preservar su armonía y belleza de la manera más cercana posible a su estado primigenio. Además, fundaría el Sierra Club, organización ecologista aún en activo. Su épica es bien conocida por los lectores norteamericanos, y en el mundo hispanohablante tenemos la suerte de poder acceder a ella a través de algunas ediciones de sus obras. En *Cuaderno de montaña*, una recopilación de sus mejores textos, fascina su interés por los placeres estéticos e intelectuales del estudio de la naturaleza:

«Siguiendo mi camino solitario valle abajo, me volví una y otra vez a contemplar la gloriosa panorámica, alzando los brazos para enmarcarla como si fuera un cuadro. Tras muchos siglos creciendo en la oscuridad bajo los glaciares, tras muchos días soleados y muchas tormentas, ahora el paisaje parecía aguardar expectante al artista indicado, como el trigo amarillo aguarda a la segadora. Lamentaba, era inevitable, no llevar colores y pinceles en los viajes, no haber aprendido a pintar. Tenía que contentarme con fotografías mentales y bocetos en mis cuadros de notas».

Escribió para el gran público apoyándose en sus cuadernos y en las cartas que había elaborado durante su estancia en la sierra o en sus diferentes viajes. Buen ejemplo de esto sería su libro *Viajes por Alaska*, una de sus obras más representativas junto con *Mi primer verano en la Sierra* y *The Yosemite*. En su caso, entre sus principales preocupaciones no encontramos lo local, como sí advertiremos en otros autores. Él se centraba en lo salvaje y en la protección del espacio natural como algo sagrado. De ahí su interés por enseñar al resto del país la importancia de la experiencia directa con la naturaleza.

«Cuando tratamos de elegir algo por sí mismo, lo encontramos unido a todo lo demás en el universo».

Su objetivo al escribir estaba claro: combinar la descripción detallada con la experiencia personal y el poder transformador de los paisajes, para a continuación argumentar a favor de la preservación de los espacios naturales. Paisaje, literatura y política van cogidas de la mano en su caso, siendo todo digno de su observación y comprensión.

El caso de John Burroughs fue muy distinto. Su carrera se asentó sobre la escritura relacionada con paisajes cercanos a su casa y su cabaña de escritura, cerca del

río Hudson, al norte de Nueva York. Autor prolífico, las revistas de primer orden publicaban sus escritos con frecuencia. De hecho, parte de su obra, de temática localista, llegó a enseñarse en las escuelas, facilitando que los estudiantes pudiesen explorar su propia historia local a través de una observación minuciosa de la riqueza natural que les rodeaba. Si hay algo que debemos destacar en sus escritos por encima de todas las cosas es el respeto por la naturaleza que tenía más a mano. A él le debemos que en nuestros paseos cotidianos podamos observar y comprender las plantas y los animales con los que convivimos en el día a día.

Este interés por la vida natural más próxima hizo que se interesara por las aves, aunque siguió celebrando la atención a lo local, como después hicieron otros tantos escritores del género.

Rebrotos recientes

«Supongo que una colección de libros empieza físicamente como una especie de paisaje. Planeas las capas geológicas, los barrancos, los nichos, las antecámaras».

RICHARD MABEY

El género, que también encontró su apogeo en el Reino Unido, parece florecer de nuevo en los últimos años, con toda una trama de subgéneros asociados. Muchos